

Tribuna Libre

Reformas agrarias y milagros capitalistas

La maldición de Chile no fue la Reforma Agraria en sí misma, sino las formas que esta adquirió y su propósito anticapitalista.

MAURICIO ROJAS



ESTE ÚLTIMO tiempo se ha discutido intensamente la Reforma Agraria chilena. El motivo es el 50° aniversario de la promulgación, bajo el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, de la ley que permitió radicalizar un proceso de transformación del mundo rural que ya estaba en marcha. Las posiciones al respecto parecen seguir tan enfrentadas como entonces: con o contra la Reforma Agraria, sin más.

Para matizar este debate quiero mencionar algunos ejemplos de reformas agrarias exitosas que indican que el problema no fue la reforma en sí, sino los objetivos que se persiguieron y la forma en que se realizó: en vez de apuntar a la consolidación de la propiedad privada campesina y el desarrollo del capitalismo agrario, la reforma fue un instrumento de proyectos ideológicos disruptivos de claro sesgo anticapitalista y colectivista.

Lo primero es constatar que en la historia económica existe una relación bien documentada entre latifundismo y subdesarrollo. Baste mirar las diferencias de desarrollo entre Cataluña o el País Vasco y Andalucía o Extremadura en

España, o entre el norte y el sur de Italia, o entre la zona del Rin y lo que fue la Prusia Oriental en Alemania, o entre los estados del norte de Estados Unidos, dominados por el colono-propietario, y los del sur, marcados por el régimen de plantaciones. O, en general, el retraso de América Latina frente a sus vecinos del norte.

La clave de esta divergencia es el rasgo excluyente de la gran propiedad agraria, que priva a la mayoría de la población rural del acceso a la propiedad (o la condena a una propiedad insuficiente y marginal) y con ello limita drásticamente su acceso a los frutos del progreso, fuera de convertirla en una población dependiente, privada de aquella autonomía y dignidad que da la propiedad de la tierra.

Pero no se trata sólo de historia. En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial presenciáramos una serie de reformas agrarias radicales que potenciaron espectaculares éxitos económicos. Son los casos de Japón, Corea de Sur, Taiwán y China. Todas ellas tuvieron un perfil sumamente igualitarista, eliminando las clases terratenientes y creando un amplio sector de campesinos-propietarios.

A primera vista, esto parecería constituir un sinsentido económico, ya que se fragmenta la propiedad de la tierra a niveles que podrían amenazar el surgimiento de una agricultura moderna y eficiente. La reforma

taiwanesa, por ejemplo, prohibió la posesión de más de tres hectáreas de tierra irrigada o seis de seco. Sin embargo, el resultado fue asombroso. Fuertes mecanismos de apoyo crediticio y técnico y, sobre todo, la cooperación campesina, superaron las potenciales ineficiencias relacionadas con la fragmentación de la propiedad y fueron la base de un notable desarrollo que amplió considerablemente el mercado interno y generó una extensa clase de campesinos con alta capacidad de ahorro.

ESTOS CAMPESINOS empoderados pasaron pronto a realizar considerables inversiones en el desarrollo del capital humano de sus hijos y en una multitud de industrias pequeñas y medianas que se dispersaron por las zonas rurales, desafiando los modelos tradicionales de industrialización basados en la concentración urbana de la industria. Esta industria campesina mostraría pronto su gran capacidad competitiva, conquistando los más diversos mercados de exportación.

El caso de China fue inicialmente distinto, pero finalmente desembocó en un modelo de desarrollo muy parecido. El Partido Comunista, al abolir la propiedad privada campesina y colectivizar la tierra, revirtió los frutos de la acción espontánea de los campesinos que se habían apoderado de las propiedades de los terratenientes. Así, el campesinado pasó a



ser un instrumento en manos del partido, lo que condenó al pueblo chino a más de dos decenios de fatales experimentos colectivistas. Pero ello cambió después de la muerte de Mao Zedong en 1976, cuando se impuso el pragmatismo de la fracción comunista encabezada por Deng Xiaoping.

El paso decisivo fue la ampliación sucesiva de los derechos de los campesinos a un usufructo individual cada vez más libre de la tierra. Ese fue el camino emprendido por China a partir de 1978 y terminó produciendo la mayor revolución económica de la historia de la humanidad.

El desarrollo así iniciado tenía fuertes reminiscencias del seguido por Taiwán, y tal como en ese caso condujo a una fuerte expansión de la producción agrícola que se transformó en significativas inversiones en capital humano y dio pie al surgimiento de una dinámica industrial rural, basada en diversas formas de cooperativismo campesino.

Ese fue el origen de las así llamadas TVE (Township and Village Enterprises), cuyo número aumentó un 20% al año entre 1978 y 2003, llegando ese año a totalizar casi 22 millones de empresas que empleaban 136 millones de personas y generaban la mitad del PIB industrial del país. Este capitalismo agrario fue el gran secreto del milagro económico chino y de la reducción más espectacular de la pobreza nunca vista.

Ironías de la historia nos diría Hegel, pensando en esta vía comunitaria al capitalismo. Chile también tuvo su ironía. Pasó por una traumática Reforma Agraria, cuyas heridas aún no se cierran. Su propósito era un despropósito colectivista, pero por ese camino finalmente llegamos al pujante capitalismo agrario de las décadas recientes. ●

El autor es senior fellow de la Fundación para el Progreso y director de la Cátedra Adam Smith de la Universidad del Desarrollo (@MauricioRojasmr).

Mente Ágil

			8		2	7			
			7		4		5	3	
4	7		3	1	9	6		2	
2		7						5	
5		1		9		4		6	
3						8		1	
7		4	6	2	1		3	8	
6	3		9		8				
		9	4		5				

				105		19			
	98		102	103	106			22	28
		126				112			27
				122		111			
93					7	118			15
	92		132			115	10		14
			1					12	
			86					45	43
			63			59		56	46
	77							53	47
									41
	76		82	69		66	54		48
			73	71					38

Completa la cuadrícula para que los números se conecten horizontal, vertical o diagonalmente. Ve la solución en www.pulso.cl

Pulso Perspectivas

Harberger y el pago de Chile

Es lamentable ser testigos y ver en estos años cómo el legado de Harberger se va diluyendo entre diagnósticos parciales, políticas públicas mal diseñadas y por tanto una baja tasa de crecimiento.

EN NUESTRO país se suele acuñar "el pago de Chile" para conceptualizar el mezquino trato que nuestra sociedad les da a ciertas personas que han sido un aporte y que por misteriosas razones no sólo no son reconocidas, sino hasta maltratadas. Arnold Harberger puede que sea una de las personas que entra en este "selecto" grupo.

Profesor emérito de la Universidad de Chicago y de la Universidad de California, Los Angeles (UCLA); autor de numerosas publicaciones que representan un sustancial aporte teórico y práctico al campo de las finanzas públicas y de la evaluación de proyectos sociales. Ha sido el mentor de un centenar de economistas chilenos que, en las décadas de los 60, 70 y 80, realizaron sus posgrados en la Universidad de Chicago, gracias a un acuerdo suscrito en 1956 entre dicha institución y la Universidad Católica.

Entre ellos se encuentran Sergio de Castro, Carlos Massad, Ernesto Fontaine, Pedro Jęftanovic, Pablo Baraona, Sergio De la Cuadra, Álvaro Bardón, Rolf Lüders, Martín Costabal, Andrés Sanfuentes, Miguel Kast, Álvaro Donoso, Roberto Zahler, Juan Carlos Méndez, Joaquín Lavín, Cristián Larroulet y Ernesto Silva. Los tres últimos forman parte del grupo de siete profesionales que, a fines de 1989, fundaron la Universidad del Desarrollo.

A ese grupo le correspondió impulsar el proceso de profundas transformaciones económicas que, a mediados de los años 70, cambió radicalmente la economía en una época en la que predominaban las

ideas cepalianas y el keynesianismo. Medidas como el término del control de precios, la apertura al comercio exterior, la promoción de la libre competencia, la eliminación de barreras arancelarias excesivas, el fortalecimiento del derecho de propiedad privada, la adopción de normas de disciplina fiscal y monetaria, las reformas a los sistemas previsional y laboral, entre otras, se tradujeron en el fenómeno bautizado como el "milagro económico chileno", en razón de la histórica disminución de la pobreza, las elevadas tasas de crecimiento económico y el consiguiente aumento de los índices de desarrollo humano.

Sobre la relación del profesor Harberger con sus discípulos chilenos y el milagro económico, Ernesto Fontaine da su testimonio en el libro "Mi visión", diciendo:

"El gran 'equipo' chileno no hubiera con toda seguridad existido si no fuera por el convenio UC-U. de Chicago y si no hubiera sido por Alito Harberger. Es así como es improbable que sin estos dos elementos Chile hubiera asumido el liderazgo mundial en la ejecución de una estrategia para establecer una economía social de mercado, traspasando desde el Estado -un gobierno militar- a la gente y al mercado el poder para la toma de decisiones respecto de la asignación de recursos, limitando el poder del Estado a lo que le es legítimo sobre la base de su rol subsidiario, especialmente el combate a la pobreza".

Hoy, por primera vez en sus 27 años, la Universidad del Desarrollo concederá el grado de Doctor Honoris Causa y decidió hacerlo a este reconocido economista estadounidense. Al investir al profesor Arnold Harberger como su primer Doctor Honoris Causa, la UDD distingue mercedamente su brillante trayectoria académica como economista y su decisiva influencia en quienes, desde el Estado, las universidades y las empresas, contribuyeron para que Chile se convirtiera en el país líder de América Latina en superación de la pobreza y desarrollo económico.

Con todo lo anterior, es lamentable ser testigos y ver en estos años cómo el legado de Harberger se va diluyendo entre diagnósticos parciales, políticas públicas mal diseñadas y, en consecuencia, una de las tasas de crecimiento más bajas de las últimas décadas. ●



MATÍAS LIRA A.

El autor es decano FEN-UDD (mlira1).